

CAPÍTULO 10: LA NIÑA PERDIDA.

Anna jugueteaba con varios teléfonos móviles, distraída. Su abuela se aproximó a ella, con cautela, mientras trataba de encontrar las palabras correctas para dirigirse a su nieta.

—Anna... No quiero molestarte pero... ¿No crees que sería oportuno que nos contases a tu madre y a mí cómo planeas hacerte con la roja y con el resto? —preguntó, temerosa ante la reacción de la niña.

— ¿Contaros? ¿A vosotras? No os necesito... Él está a mi lado... No soy yo la que decide qué hacer, él va marcando los pasos a dar...

—Pero, pequeña... Él no conoce este mundo como nosotras... No olvides que ha pasado mucho tiempo bajo tierra. Quizá, si nos indicases que planea, podríamos ver si su plan tiene algún fallo y...

En se momento, Anna giró el rostro bruscamente. La anciana comenzó a notar una fuerte presión en el pecho, como

si sus pulmones se estuviesen pegando y no le permitiesen dejar entrar el aire.

—¿Fallo? Yo no fallo, vieja bruja —la voz de Anna sonaba ahora profunda y grave, como si saliese de las mismas entrañas de la tierra.

Al fondo, de entre las sombras, el Hombre apareció con pauso pausado, observando a la mujer que, desesperada, se agarraba el pecho y el cuello. Anna parpadeó un segundo y, sin previo aviso, la presión que Xiana sentía se disipó, permitiendo que el aire entrase de nuevo en su cuerpo. Anna dudó un segundo, y se lanzó hacia su abuela, que había caído al suelo. Le puso una mano sobre el hombro y, cuando la vieja miró a los ojos de la niña, vio en ellos un atisbo de súplica.

El Hombre avanzó un poco más, y la niña se despegó bruscamente de la abuela, lanzándole los teléfonos. Ambos salieron de la habitación, dejando a la anciana tirada en el suelo. Al salir, Dinielle entró corriendo a la habitación, para tratar de ayudar a su madre.

—Has hecho bien en quedarte en la puerta escondida, hija... Anna está fuera de sí. Creo que la Nigromante hizo algo durante el conjuro... Es como si el Hombre... —comenzó a explicar la anciana, más para sí misma que para su hija.

—Es como si él la controlase... —terminó Dinielle ¿Qué haremos ahora, madre? ¿La hemos perdido para siempre? —susurró, aterrorizada ante la idea de que su hija desapareciese.

—Tenemos que conseguir que el Hombre libere a las Matriarcas. Si él cumple con su condena, podrá descansar en paz y liberará a Anna de su hechizo.

—Pero madre, no podemos intervenir, conoces las reglas. Recuerda lo que le pasó al resto de brujas de la familia que no las cumplieron...

—Lo sé, hija. Pero somos matriarcas de la familia y podemos ayudar a nuestra paladina, únicamente tenemos que hacerlo respetando las normas escritas en el libro. Además, llegado el momento, no olvides que uno de los mandamientos de las brujas nos ampara... —explicó Xiana, poniéndose en pie con la ayuda de su hija.

—El treceavo mandamiento... «Si una bruja teme por su vida o por la de alguien de su familia, podrá incumplir cualquiera de los Mandamientos de las Brujas para garantizar la supervivencia de su estirpe»—. recitó Dinielle, sin dudar.

—Encontraremos la manera, hija. Y cuando lo hagamos, no solo habremos liberado a Anna, habremos conseguido que las Matriarcas vuelvan y acabaremos con la estirpe de las Antía. Juro que lo haremos, aunque sea lo último que haga.

—Madre... Prométeme que, llegado el momento, harás lo necesario para salvar a mi pequeña...

—Lo haré, hija mía... lo haré.